

Ercole Lissardi

TRÍPTICO

Tríptico

Imaginación diurna

Imaginación nocturna

Realidad

Epílogo

Imaginación diurna

Era día de elecciones universitarias. A las once y media de la mañana el hall de la Facultad estaba repleto con varias filas caóticamente entreveradas de votantes. Apoyado en la baranda de la mezzanina yo calculaba a qué hora podría votar con un mínimo de espera. A la amplia mayoría de la manada universitaria le encanta amucharse entre congéneres, codo con codo, disfrutando ser parte de una supuesta elite, chismorreando, coqueteando, complotando, flotando blandamente en ese caldo humano híper nutritivo y embellecedor. No es lo mío: desde siempre, en todo tipo de instituciones, me sentí solo y ajeno.

Me corrijo: en realidad no me entretenía en el entrepiso calculando a qué hora me costaría menos tiempo evitarme la sanción por no votar que ya, un año atrás, había padecido, creyendo, por inexperiencia, que no era problema mío si los altos burócratas del seudo saber necesitaban de la legitimación de las urnas para seguir usufructuando el manejo de cuantiosos fondos públicos. Ni siquiera necesitaba estar allí para calcular el mejor momento para votar, que era la hora de la siesta, por supuesto. La verdad es que, habiendo padecido la última clase de la mañana, al bajar al hall para irme a casa a almorzar, con ese radar tan implacable que tenía para detectarla, vi a Sabrina en medio de la manada, esperando para votar. Me detuve para ejercer mi legítimo derecho a contemplarla. Nunca dejaba de ejercerlo. Y ella lo sabía. Sabrina era mi primer amor. Estaba enamorado, tanto como era capaz de imaginar que fuera posible estarlo.

Y sin embargo, concurriendo todos los días a las mismas clases, nunca habíamos cruzado una sola palabra, aun cuando, siendo compañeros de clases, no hacían falta razones ni circunstancias especiales para hablarse. Entre compañeros se habla al pasar y porque sí nomás, de cualquier cosa. Pero eso nunca sucedió entre nosotros. Nunca puse esa nada que haría falta para que sucediera. Y no por timidez. Sino porque me hacía la idea de que el tal momento maravilloso no podía sino cambiar mi vida para siempre, y temía que tal cosa no sucediera como, de manera entre vaga y delirante, imaginaba que debiera suceder. No nos hablábamos, pero nos mirábamos. Miradas fugaces, pero tan frecuentes como para mantenerme en llamas. Quizá aquellas miradas hubieran bastado para desbrozar el camino, pero nos impedía ir más lejos la omnipresencia de su novio... o al menos eso creía yo. ¿Cómo explicar si no, que el estar continuamente mirándonos no nos llevara más lejos?

Ahí estaban, Sabrina y su novio, esperando para votar. El brazo de él por encima de los hombros de ella, con ese gesto dizque protector y en realidad posesivo que sólo les sale bien a los infinitos idiotas que se sienten omnipotentes, para los cuales la minita sobre cuyos hombros se apoyan efectivamente les pertenece. Ella le hablaba y él hacía como que la escuchaba mientras se sacaba de la frente una y otra vez el mechón enrollado que al parecer le molestaba pero que, en realidad, según él al menos, lo adornaba. Sabrina, Sabi como la llamaban sus amigotas, era más bien baja de estatura. Yo, que mido casi uno ochenta le llevaba una cabeza. Era delgada hasta dar la impresión de ser livianita, sus facciones eran apenas angulosas, dulcemente angulosas, tenía el pelo rubio muy claro y lo llevaba muy corto y cortado desparejo, como el de una niña que hubiera estado jugando a cortarse

mechones de pelo. Delicada y frágil como se veía, su original corte de pelo resultaba tiernamente caprichoso y disruptivo. Yo no conocía otras chicas capaces de encarar un corte semejante. Sus ojos eran celestes. No azules, sino celestes, de manera que cuando nuestras miradas se encontraban me parecía estar mirando al cielo. En medio de la densa y mansa manada de votantes, Sabrina me parecía una flor de insólita belleza.

De pronto me vio. Yo era el único que había quedado en la mezzanina. Y así expuesto, era de total evidencia que había quedado ahí, inmóvil, para mirarla a ella. Al encontrar mi mirada se sobresaltó. En la fijeza obstinada, en la urgencia de mi mirada, después de infinitas miradas fugaces o distraídas, vio una declaración rabiosa, a punto del llanto, del grito. Una declaración de amor. ¿Qué digo de amor? De devoción verdadera. Entendió que había en mí, fuera lo que fuese, algo de lo que no quería ni podía prescindir. Algo que ella no podía ni intentar nombrar como yo tampoco podía. Comprendió que lo nuestro era de vida o muerte. Que estábamos unidos por una instancia superior y que negarnos a esa realidad sólo podría acarreamos el peor de los castigos. Y aquello la dejó paralizada, boquiabierta, inocultablemente incapaz de reacción. Así de espantoso fue aquel momento interminable en el que por primera vez nos quedamos mirándonos como si nunca antes nos hubiéramos visto.

¿Cómo fue posible este verdadero estallido de lucidez, esta Revelación más allá de nuestro entendimiento y de nuestra capacidad de poner en palabras? Introspectivo, minucioso y obsesivo como soy puedo intentar ser objetivo, explicar, técnicamente digamos, qué fue lo que pasó cuando en aquel instante inesperado y único nuestras miradas se encontraron finalmente sin distracción, limpias, conscientes y atentas: pasó que experimentamos una rara especie de

mutua alucinación en la que, mirándola a ella, de pronto me vi tal y como ella me veía, es decir que por primera vez me vi desde fuera, pero no con mis propios ojos como a través de un espejo, sino con los ojos de otro, de ella, de Sabrina. Me vi pues en toda mi belleza, o, mejor dicho, en todas las posibilidades de mi belleza. Y a la vez ella se vio tal y como yo la veía, es decir desde, o con los ojos del otro, o sea los míos, o sea, en toda su belleza. Y la alucinación no duró migajas de tiempo, segundos, sino que duró como si hubiéramos estado mirándonos el día entero, o sea, toda una eternidad. Y así lo experimentamos. Y en ese vernos como nos veía el otro, y como si nos viéramos cada uno a sí mismo por primera vez, comprendimos, con evidencia absoluta cómo su mirada iluminaba mi belleza y como mi mirada iluminaba la suya. Y como si fuera poco, a manera de propina, supe que nadie en el puto mundo podía darme esa mirada que ella me daba, y supo que nadie podría darle lo que le daba mi mirada. Sos único(a), sobrenatural y maravilloso(a) nos decíamos mutuamente. No puedo creer que existas y que seas para mí, y que sepas que sos para mí, le decía yo, y ella a la vez también me lo decía.

Finalmente caminé por el entrepiso para bajar al hall, sin sacarle los ojos de encima y sin que ella dejara de seguirme con la mirada. Lo que hubiera estado diciéndole a su novio quedó por esas, porque nada más dijo, a menos que pudiera hablar con la boca abierta. Bajé los últimos escalones y me sumergí en el sancocho de risitas y cuchicheos, con la vista fija en ella como en un faro en la noche. Caminé despacio, como con aprensión, con cautela, como si el piso se moviera un poco, temiendo que aquel instante incomprensible fuera de cristal y al atravesarlo pudiera estallar en millones de fragmentos. Me sentía espantosamente consciente de que todo lo anterior, hecho de fugacidades y

silencios, había sido abolido por aquella mirada inextinguible y que ahora empezaría inevitablemente no mi, ni su, sino nuestra vida. Si semejante perspectiva no causa pavor en un alma adolescente no sé qué pueda causarlo. Quise detenerme, fingir que tenía un asunto para tratar con alguien que estuviera por ahí, hacer algo, cualquier cosa para rescatarme de la corriente irresistible que me arrastraba hacia ella. Pero no había excusa alguna para que no aterrizara a sus pies.

Ya a pocos metros de ellos, él, el novio, siguiendo la mirada muda y fija de ella, giró y me vio. Se sorprendió de verme yendo directamente hacia ellos, pero no tuvo tiempo ni para abrir la boca. Llegué frente a ella y sin mediar gesto ni palabra alguna, Sabrina me abrazó. Pero no con un abrazo protocolar, o amistoso, o francamente afectuoso. Me abrazó, y no me viene más adecuada palabra para decirlo, con desesperación, con toda la fuerza, que sorprendentemente resultó ser mucha, de sus brazos delgados. Sentí que me ataba a ella como con cables de acero de los que de manera alguna podría zafar, y clavando contra mi pecho su rostro, como si fuera a excavar en mí hasta devorarme el corazón.

¿Fue aquel paroxismo operático excesivo? No, no lo sentí así. Lo que sentí fue que aun cuando yo fuera incapaz del mismo gesto, lo que ella hizo espontáneamente se correspondía exactamente con la fuerza tremenda de los sentimientos que se habían apoderado de nosotros. Sabrina se ató a mi torso como si de pronto el mundo la aterrorizara, como si percibiera a la vez lo profundo de nuestra unión y la siniestra fuerza que vendría sin duda a tironear de ella para separarnos. Su gesto fue el gesto infantil de buscar protección y refugio, pero a la vez la necesidad de advertirme que porque nos amábamos

como nos amábamos nuestro amor estaba en peligro. ¿Exagero al interpretar su gesto? Pero ¿cómo interpretar si no un gesto que era pura y absoluta y deliberada exageración?

Quedamos abrazados como si estuviéramos esculpidos en un mismo bloque de granito y no tuviéramos ni la menor intención de volver a movernos, o separarnos lo suficiente como para respirar un poco mejor. Blanda, tímidamente mis manos apoyadas sobre su espalda contaban por primera vez sus costillas y sus vértebras. De pronto respiró hondo, como si volviera a la vida. Acomodé mi respiración profunda a la suya. Muy lentamente, como saliendo de un banco de niebla, fui tomando conciencia de los ojos muy abiertos del novio, y de las cabezas vueltas hacia nosotros de los circunstantes. Vueltas hacia nosotros no porque emitiéramos sonido alguno sino porque nuestro bloque de abrazo generaba una onda expansiva de pura intensidad. Mi mirada se encontró con la del novio, Fabio, o Fabián, no estoy seguro, y nos dijimos, sin hablar, lo que había para decir.

-¿Qué es esto?

-En realidad no lo sé.

-Soltala.

-No soy yo que la agarro.

Dicho sin palabras porque tuvo claro que si volaba una palabra, volarían todas, y quizá detrás volarían los manotazos, y del escándalo, con un público tan amplio, él no podría salir sino cubierto de ridículo, ya que, en mi opinión, por supuesto, era el tipo de fulano incapaz de salir de una situación tal con un mínimo de dignidad, si no de grandeza. Dio, pues, la media vuelta y se piantó,

como devorado en un solo bocado por la ira y la vergüenza. Quedamos así en medio de la curiosidad de la manada, tan apretados, tan inmóviles, que poco a poco dejaron de prestarnos atención, como si lo nuestro fuera una de esas performances callejeras de estatuas vivientes, o la exageración de su afectividad representada en público por una pareja de exhibicionistas.

Alrededor de nosotros las colas de votantes avanzaban lentamente. Nada nos inspiraba motivación alguna como para regresar al mundo de la vida.

Cómodamente instalados en nuestra epifanía podríamos pasar el día entero aferrados el uno al otro sin decir palabra. Una fulanita, compañera de clase, se nos acercó.

-Hola, Sabi. Hola, Facu.

Nada, ni ella ni yo.

-¿Les pasa algo?

Nada, ni un centímetro retiró Sabrina el rostro del refugio que se había cavado en mi pecho. Se acercó una menganita:

-¿Les pasa algo?, le preguntó a la fulanita.

-No sé. Parece un juego.

-Respirar respiran.

-Parece que colapsaron.

-Colapso de amor.

Rieron.

-Milagro de amor, milagro de amor, canturreó la menganita.

-¿Quieren que pidamos ayuda?

Giré apenas la cabeza mirando a una y a la otra, sonriéndoles apenas.

-Bueno, por lo menos Facu sonríe.

Sabrina sacó la carita de su escondite y también les sonrió. Era la primera vez que se apartaba del carácter granítico de su actuación. Tomé nota de que ni se molestó en chequear si Fabio, o Fabián, había sobrevivido al shock. Tal y cual y como si nada ni nadie hubiera habido en su vida antes de nuestro abrazo.

-Están fumados ¿no?, tiró la fulanita.

-Bórrense, chicas, dijo entonces Sabrina. Gracias por preocuparse.

Aunque parezca absurdo nunca antes había oído su voz claramente, o sea, estando cerca uno del otro. Me pareció una voz delicadita, frágil, o si se quiere, un poco finita y aguda, como impostada, quizá a punto de, por momentos, sonar chillona. Estuve a punto de reírme por la sorpresa.

-Bye, bye. No se aprieten mucho que se van a romper, tiró la menganita y ambas se alejaron regresando a sus lugares en las colas.

Nos miramos, relajados, sonrientes, pero con las mejillas coloradas, trabados, sin saber qué hacer ni qué decir en la nueva situación, un poco como si tuviéramos la costumbre de matarnos a apretones. Me costaba reaccionar. De un momento al otro tenía una novia, y no cualquier novia sino la única que hubiera querido tener entre las infinitas disponibles en el mundo y sus alrededores. Una novia que, además, resultaba tener una voz maravillosa, finita y clara, límpida como la de una criatura celestial.

¿Fue así como fue? ¿Así sucedió? Cierro los ojos y así es como es. Como un sueño diurno, imposiblemente más delicioso. En un auténtico pase de magia entramos cada uno por su lado en el bullicioso caldero del hall de Facultad y salimos al rato de la mano, como en un final de película romántica, parejita rebotante de compromiso consigo misma y con todo lo que la vida les trajera por delante. Caminamos torpemente por las calles del Centro tratando de acompañar nuestras marchas novedosas y diferentes, calladitos y sin mirarnos, como con vergüenza por haber cruzado al galope todas las fronteras de la mutua aquiescencia. Por primera vez podíamos preguntarnos juntos qué hacemos ahora.

-¿Tenés hambre?

-Feroz.

Y era magnífico compartir el hambre cosechado en una mañana de estudios.

-Almuerzo con mi abuela, dijo.

-¿Hoy o todos los días?

-Todos los días.

-Mirá vos.

Y era increíble, como un gran telón que se levantara solemnemente para dejarme ver una verdad prodigiosa: Sabrina comía con su abuela todos los días.

-¿Es lejos?

-Aquí nomás, en la plaza. Te va a gustar, cocina divino.

En un rincón de la plaza estaba el edificio, señorial, como de mediados de siglo. Con la generosidad en los espacios que la riqueza se merece, el apartamento era un verdadero museo repleto de objetos e imágenes de rancio abolengo. Sarita, la abuela, vivía sola, con una doméstica. Era evidente que abuela y nieta eran muy unidas, como que, aun para un ojo distraído, Sabrina era la viva imagen de la juventud de su abuela.

-Abu, este es Facu.

-Es el primer amigo que me presentás, dijo la abuela.

¿Cómo? ¿Nunca trajo a su novio? ¿Qué novio? Fabio o Fabián no existía, nunca había existido. ¿Cómo invitar a almorzar con Sara a alguien que no existía? Sería por lo menos una falta de respeto inadmisibile. El primero y el último, estuve a punto de decir, pero me contuve. A la oscura luz de los hechos tal y como terminaron siendo, hubiera sido una fanfarronada dolorosamente exacta, aunque formara parte de un intrascendente acto de imaginación.

-Disculpá que no te avisé antes.

Literalmente imposible. No había un antes.

-Esta es tu casa, mi amor. La comida ya está pronta.

-¿Mi casa? ¿Me imaginás viviendo solita en semejante escenografía?, susurró Sabrina cuando estuvimos solos.

No, no la imaginaba. Imaginaba con ella todo tipo de cosas, inclusive futuras, pero no la imaginaba con esta caparazón de lujo a cuestas. Daba vértigo pensar que, así fuera solo imaginariamente, estábamos pisando el umbral de algún futuro, probándonos sus presuntas hechuras. Almorzamos guiso de

mondongo, pero gourmet, o sea que con el auténtico sabor del que preparan en una fonda de camioneros. Mérito de la doméstica que, en la materia, sabía bien de qué se trataba.

-Me voy, tengo rummy en lo de la tía Teca, dijo Sara.

Me dio la mano, frágil pero a la vez firme y segura, mano de jefa. Apenas hubo salido, Sabrina se sentó sobre mis rodillas. Pesaba lo que pesa un hada.

-¿No vamos a besarnos?, preguntó.

Nos acercamos hasta que se tocaron las puntas de nuestras narices. Ambos inclinamos la cabeza hacia la izquierda y nuestros labios se rozaron.

-No puedo, dijo con un suspiro.

-Sí podés, dije tomándolo como si fuera un juego.

-No, no puedo, dijo, acariciando mis labios con los suyos en lugar de besarme.

Y entonces sus labios se pegaron a los míos. Casi un beso, como si nunca hubiera besado. Cerré los ojos y me sentí tan ligero como ella. Sentí que pasaba el tiempo y nuestros labios apenas lograban empezar a conocerse. Se tocaban, se tomaban y se soltaban, se humedecían, se acariciaban, dejaban asomar los dientes y luego dejaron asomar la punta de la lengua. Sorprendidos y desconcertados por las lenguas delicadamente lamiéndose, nos miramos a los ojos. Nunca besada, nunca besado, fue todo lo que me atreví a pensar. Sentí de pronto, sintió de pronto, el deseo de devorar esa lengua del otro, de quedar unidos para siempre por las lenguas enlazadas, sorbiéndose mutuamente cada gota de saliva. Pero sus ojos... sus ojos, del celeste de los cielos amistosos, abiertos a todos los caminos de la inmensidad...

-Vení, dijo, demasiado maravillada como para quedarse quieta.

De la mano me llevó por el pasillo hasta la última puerta, que era la de su dormitorio.

-Es raro, dije. Es todo un viaje en el tiempo la casa de tu abuela.

Se sacó los zapatos y se recostó dejándome lugar.

-Vení. Descansamos, dijo.

Cara a cara, con las frentes tocándose y besándole los dedos, el calor de la losa radiante y la panza llena nos entregaron a la modorra y el mundo fue apagándose poco a poco. Había sido demasiado, inesperadamente y en muy poco tiempo.

Me despertó la mano de Sabrina trasladando la mía para depositarla sobre su pubis. La luz del día ya huía. Palpé con dedos torpes el rincón breve y delicado. ¿Pretendía someterme a la prueba del sexo? Me espantó la idea. ¿Podría pedir aplazamiento? No estaba preparado para su cuerpo. Mi deseo era un deseo ingenuo. Pero su mano presionaba sobre la mía. Sabrina adivinó mi temor. Su mano voló y se posó sobre mi bulto. Tenía el pene sensible, pero inofensivo. Soltó el botón de la cintura de su pantalón y bajó el cierre. Depositó mi mano ahora sobre la dulce calidez de su vientre. De pronto la vida cosquilleó en las yemas de mis dedos que, desbordados por la urgencia, se deslizaron por debajo del elástico de la bombachita y por encima del vello escaso y delicado. Me llegó a las narinas el hálito fragante de su sexo.

-Quedate así, dijo con la voz hecha susurro.

Entendí que me pedía que siguiera adelante. Mis dedos se deslizaron por la hendidura separándole los labios. Con el dedo medio encontré el orificio de la vagina y lo penetré. No era virgen. No significó nada que no lo fuera. No lo era porque mi imaginación dictaba que no lo fuera. Me sentí victorioso, cálidamente alojado en su humedad. Gimió como para desnudar el alma. Sentí piedad al verla extraviarse en el placer. ¿Eso deseaba, ofrecerme su desfallecimiento en espectáculo? Le administré la eutanasia del deseo hurgando en lo más profundo de su sexo. Gritó con toda la boca abierta y con su voz impostada de muñeca angelical. Después apretó los muslos atrapando mi mano y el grito se transformó en un gemido todo interior que recogí con mis labios como si fuera el más delicado de los néctares. Me ofreció su mirada de cielo abierto y alucinado.

-¿Dónde estamos?, preguntó.

-En casa de tu abuela.

-No es posible... ¿Qué hacés aquí?

-Me trajiste.

-¿Para qué?

-Para que naciéramos otra vez.

-¿Nací otra vez? ¿Soy otra?

-No tengo duda de que sos otra. Y la misma. No soportaría que siguieras siendo la misma ni que fueras otra por completo.

Suspiró, como tranquilizada.

-Ahora te toca renacer, anunció. Otro y el mismo, te lo prometo.

Bajó el cierre de mi pantalón y desnudó el pene, dulcemente tumefacto y dispuesto a enfrentar su mínima ordalía. Su mano lo cubrió, empuñándolo. Se miraba hacer, como temerosa de equivocarse en la medida de algo. Desnudó el glande. Se abrió la boquita como ansiosa por dejar fluir la sangre de mi alma. Me besó impregnándome toda la boca con su saliva, a manera de anestesia. La ola descendía lentamente a lo largo de mi cuerpo, su mano la conducía al rincón en el que estallaría volando para el cielo de sus ojos. Entonces, abandonado y sin resistencia, sentí como sus labios delgados y húmedos tomaban el glande en el momento en el que la correntada ambarina se desbordaba. Me perdí en el ritmo delicioso de la deglución. Sabrina bebe de mí, me repetía. Hasta que no hubo más y entonces reptó sobre mi cuerpo para ofrecerme la prueba del milagro besándome con mi olor a hombre.

-¿Te gustó?, susurró mi hada de pelo desparejo, mirada transparente y voz de ángel femenino.

Totalmente excluida en mi imaginación toda posibilidad de celos, pensé que sólo podría haber aprendido este beber celestial por inspiración divina.

-Mucho, respondí. ¿Y a vos te gustó?

-Mucho más que a vos.

2

Imaginación nocturna

Sí... pero no...

Sí, porque así tendría que haber sido. Así lo deseaba y así lo imaginaba.

No, porque así sólo sucedió en mi imaginación. Y lo recuerdo ahora, cuando ya nada es posible, cuando ya no importa.

Esta imaginación póstuma, esta imaginación recordada cuando ya no importa ¿puede curar lo incurable, puede aplacar el dolor inextinguible, la vergüenza, ineludible para siempre, de la inacción, de lo que imaginamos cuando aún todo era posible, pero no hicimos? ¿Puede hacer retroceder la máquina del tiempo para imponer el triunfo de lo angélico, o no sirve de nada?

No sirve para nada. Esta imaginación contemporánea vuelta extemporánea no sirve para nada, por más rabiosamente diurna que fuera.

Imaginación contemporánea vuelta extemporánea no solo puedo evocar de naturaleza diurna, también la hay de naturaleza nocturna. No solo la hay deseosa de lo angélico, también la hay, hija del mismo trauma de la inacción, pero deseosa de lo abyecto.

También voy a convocarla ahora, cuando ya no importa. El día y la noche de mi amor por Sabrina. Ambas convocadas ahora, cuando ya no importa. Como final del final.

Suspiraba por Sabrina durante todo el horario de clases y por la tarde, en casa, seguía suspirando, incapaz de salir del juego de las miradas, de decirle un “Hola” perfectamente trivial y que estoy seguro que le bastaría a ella para darme entrada, para contarme entre sus adoradores. Pero no podía romper el encantamiento, su encanto de ángel desplumado, frágil pero desafiante, de mirada transparente y labios delgados y dulces aun a la distancia. Su novio era un mocetón musculoso con pinta de inútil, concheto del tipo dinero sucio, venía a clases manejando un BM color verde esmeralda que lo disculpaba de tener que demostrar algún nivel de inteligencia. No es que lo envidiara. Mi padre me había comprado un Mini que apenas usaba porque no me daba la real gana. El tipo seguía a Sabrina todo el tiempo y a todos lados como un perro guardián, guardaespaldas al que yo no temía, no porque fuera muy valiente sino porque no se me antojaba temerle. Fabio, o Fabián, no conseguía yo fijarle el nombre, una de esas personas de las que, si dudás del nombre suficiente tiempo, ya no

te acordás nunca más si se llaman así o asá, el novio, pues, dos por tres echaba su corpachón encima de los hombros de su frágil noviecita y, en el rincón contra la pared que era el de ellos -rincón a salvo de las miradas del docente cuando estaba sentado en su escritorio-, nicho de privilegio que nadie les disputaba, le metía mano, la apretujaba y la baboseaba como marcando territorio para dejarle claro a quien quisiera saberlo como cuánto de sometida la tenía. Para dejármelo claro a mí, por ejemplo, quizá, o de seguro. Claro está que Sabrina lo aguantaba hasta cierto punto en el que se ponía pesado, y terminaba por darle un empujón y lanzarle un “!Ufa!” que lo tranquilizaba por un rato. Yo creía que el tipo me la tenía jurada. No creía que no hubiera captado mis miradas de cuzco hambriento, loco porque me tocara un cachito de Sabrina.

No había hora de clase en que Sabrina no me regalara un par de reojos. Me pregunté, por supuesto, si no hacía lo mismo con otros, si no éramos los boludos que conformaban su corte de los milagros, con los que flirteaba y coqueteaba al santo botón. No me hubiera extrañado. Ya había oído decir que a las mujeres les encanta ver en las miradas de los tipos el hambre sexual, y la imaginación sexual que despiertan, y cuantos más boludos tengan en esas, mejor. Para mantener a raya a la manada debía de ser que tenía a su servicio al mocetón. A mí no era el guardaespaldas lo que me mantenía a raya. Si no hubiera existido igual yo no hubiera dado el paso. ¿Por qué? Porque necesitaba que el paso lo diera ella. La amaba tanto que no me servía conquistarla, tenía que ser ella la que entendiera que no había alternativa, que era yo para ella y ella para mí, inevitablemente, y que viniera y me lo dijera. ¿Y si no lo hacía? ¿Y si nunca lo hacía, que fue lo que sucedió? Ahí sí que

estábamos en problemas. El amor nos habría metido en un callejón sin salida, que fue lo que hizo.

¿Es que soy feo, petiso, patético o manifiestamente estúpido? Para nada. Lo que había, y sigue habiendo, en la raíz de mi impotencia para cruzar la raya es que hay en mí un sentimiento de ilegitimidad. Lo sé, aunque no vaya ahora a decir de dónde me viene. Ahí está, dentro de mí, agazapado, como un Alien. Desde que me enteré de la existencia de las féminas supe que, por más intensos diálogos sin palabras en que las vaya enredando, ninguna va a aceptarme si llego a abrir la boca, aunque no me falte labia, y es que el sentimiento de ilegitimidad no es que se note de inmediato, sino que hiede, se huye de él apenas se lo percibe. Y mucho menos habrá una que seducida por mi apariencia cruce la raya, porque en eso las féminas son implacables, un instinto que no se equivoca les permite saber hasta qué punto un tipo está apestado. Yo creo que, aunque siguiera con el jueguito de los ojos, a Sabrina ni le pasaba por la mente que yo pudiera merecerla. O tal cosa imaginaba para no actuar. El sentimiento de ilegitimidad se alimenta, por supuesto, de imaginaciones salvajes. Aunque... aunque quizá mientras la imaginación me devoraba las entrañas ella, mi diosa no hacía sino esperar paciente y ansiosa a que fuera por ella, que para eso estaba más que dispuesta.

Una mañana Rosalba se me acercó en el descanso entre clases. Era otra rubiecita, pero en su caso lo era porque se teñía el pelo. Era un poco concheta del tipo pata sucia. Esbozaba siempre una sonrisita torcida, como si supiera todos los secretos y pensara mal de todo el mundo. Iba a la Facultad tan adornada que por lo menos a mí, francamente, me causaba desagrado. Era

una de las amigotas de Sabrina, de las más cercanas, y con ella tenía todos los días su cuarto de hora de cuchicheos, chismorreos y risitas apenas reprimidas.

-Este viernes doy una de mis famosas fiestas, me anunció, lo cual equivalía a una invitación.

No iba a fiestas, me aburría, socializaba mal. Me sentía como perro en cancha de bochas. Y ella, que estaba en todo, seguro que lo sabía. Por algo nunca antes me invitó.

-Ah... ¿el viernes?, dije, marcando espacio para la negativa.

-¿Tenés algo mejor para el viernes?, saltó, picada por mi media negativa.

-No, es que..., intenté, pero me cortó.

-Te advierto que podés llegar a arrepentirte bastante si no vas, amenazó.

-¿Por?

-No te lo voy a decir. Basta con que sepas que esto de estarte invitando es un mandado, marcó, un poco despectiva.

-Un mandado ¿de quién?

-Si no vas, el lunes te lo digo, prometió, y sin más se fue a intrigar a otra parte.

El convite me sonó a practical joke, a emboscada. Sé por experiencia que el autoaislamiento de los introvertidos termina por irritar hasta la violencia a los que gustan bañarse en el caldo pestilente de la sociabilidad. No me pasó por la mente que fuera Sabrina la que pidió el mandado. Una cosa es imaginar cosas con ella, y otra que mi sentimiento de ilegitimidad me permitiera imaginar que finalmente ella daba hacia mí el temido primer paso. Estaba decidido a no ir,

pero durante la siguiente hora de clase, en un momento sublime, Sabrina giró hacia mí la cabeza, y antes de que yo pudiera disimular mi delectación, me soltó una sonrisita. Nunca antes lo había hecho. Le sonreí. Si hubiera pensado “Voy a sonreírle” hubiera sido incapaz de hacerlo. Pero su sonrisa estiró por sí sola mis labios. Solo un rato más tarde, desde el estado de beatitud cercano al éxtasis en que había yo quedado, comprendí que, al devolverle la sonrisa, estaba aceptando la invitación a la fiesta en casa de Rosalba.

La casa de Rosalba era un castillete de estilo romántico inglés, rodeada de altos muros, en la zona antigua de Carrasco. El taxi me dejó delante de un gran portón de reja. Un sujeto, más con cara de sospechoso que de Seguridad -cada uno sabe qué tipo de Seguridad necesita- salió de una caseta de vigilancia y, después de comprobar que mi nombre estaba en la lista de los invitados, me dejó pasar. El parking frente a la casa estaba repleto. La casa, muy iluminada y sonando con música guapachosa, parecía una discoteca exclusiva. La puerta estaba abierta. Recorrí salas repletas de chicos de mi edad en estado de gran exaltación, entre los que reconocí aquí y allá a compañeros de la Facultad, que si me reconocieron, me ignoraron. Seguí dando vueltas convencido de que en algún momento Sabrina saldría a recibirme. Un camarero con cara de fantasma fresco me ofreció su bandeja repleta de vasos altos con etiqueta Coca Cola Deep.

-¿Es Coca esto?, pregunté.

-Coca Cola Deep, dijo y siguió de largo.

En medio de un círculo muy divertido estaba Rosalba, desnuda de la cintura para arriba, mostrando unas tetas que parecían recién compradas en Miami.

Parloteaba como queriendo convencer de algo a los que la rodeaban, pero todo lo que conseguía eran coros de carcajadas. Rosalba estaba un poco fuera de sí. Tomó la mano de un guapetón y la puso sobre una de sus tetas como para demostrar que era cierto lo que decía. Pensé que en cualquier momento terminaría de desnudarse para ofrecerse al manoseo sin restricciones de su círculo de admiradores y admiradoras. De pronto me pregunté si aquello era real o efecto de la Coca Deep. No sé si Rosalba llegó a verme.

Había también un camarero no menos fantasmal, con un kilt cortito que dejaba ver su slip rojo fuego. Impresentable. Sirviendo jugos fosforescentes, de diversos colores. Cada vez que se inclinaba para ofrecer bebidas le plantaba el culo delante de la cara a alguien con el consiguiente estallido de carcajadas. Vi a un jovenazo al que le encontré cara conocida, aunque no supe de dónde. Llevaba el pene largo y flácido colgando por fuera del pantalón. Ingenuo como soy me pregunté en qué terminaría aquel desmadre. Junto a una puerta había un cartelito que decía: “Esto es una fiesta privada. Solo se participa por invitación. Está prohibido el consumo de bebidas o sólidos no suministrados por la casa”. Era, pues, una fiesta privada para juniors de mi edad.

Transgresión controlada, dosificada. Vaya a saber cuándo y por qué razones podrían llamarte al orden, pensé. Pero no, no era eso. No era castigarte la idea, sino protegerte de tus excesos.

Como siguiendo un rastro invisible dejado a propósito salí al jardín. Más exactamente a la terraza que se abría sobre el amplio jardín. Allí el aire parecía estar templado, como discretamente calefaccionado. O bien la Deep templaba por dentro. El extremo de la terraza estaba en penumbras. Arbustos en grandes macetas cerraban un espacio aparte, protegido de miradas curiosas. De allí

provenían delicados gemidos que identifiqué como exhalaciones de la garganta de Sabrina. De pronto articuló claramente mi nombre, como si me estuviera viendo, llamándome como si me adivinara detrás del biombo vegetal. Busqué la manera de pasar al interior hasta que encontré un pasaje entre dos arbustos. Si lo que vi no me hubiera apuñalado el corazón hubiera podido decir que era algo de una belleza irresistible. A la luz de la luna vi a Sabrina parada sobre el zócalo de modo de dar la altura adecuada, y acodada sobre la balaustrada, enfundada en un brevísimo y súper ajustado vestidito negro, Sabrina era tomada desde atrás por el presunto elegido de su corazón. El vestidito remangado dejaba que el blanco de sus nalgas relejara el resplandor de la luna. El pantalón de Fabián, o Fabio, enrollado en sus tobillos dejaba apreciar unas piernotas aptas para decapitar condenados a patadas. Sobre la balaustrada había dos vasos de Deep vacíos. Sabrina me ofrecía una sonrisa un tanto atontada, y con el dedo índice me hizo señas de que me acercara. Muy en lo suyo, el tipo me miraba sin verme. A la distancia justa -o injusta- comprendí que, para colmo de la abyección, el miembro del galán, o gañán, la penetraba por el orificio del ano, partiendo al medio la frágil luna de Sabrina. Con los pulgares separaba los hemisferios. Con sádica lentitud retiraba lentamente el miembro y luego volvía a sumirlo hasta casi por completo. Al final de cada suspiro Sabrina soltaba un gemidito.

-Al fin nos conocemos..., dijo mi emputecida ángela, haciendo gala de un sórdido humor, involuntario seguramente, que para nada empañó el tono con que lo dijo, tan sincero que me desarmó.

-Sabrina..., musité reprimiendo las ganas de echarme a llorar. ¿Querés que te lo saque de encima, o al menos que lo intente?

-No, dejalo, esta se la debía, dijo.

¿Esta se la debía? ¿Cómo es eso? Creí enloquecer. ¿Qué abyecta contabilidad era la que llevaban?

-Sos el más tímido, pero también el más caballeroso de mis caballeros, dijo jadeando un poco porque el tipo estaba en plan de acelerar el delivery. Y por eso es que estoy loca por vos.

Qué momento para decirme palabras tan maravillosas. Y sin embargo no hubo en su voz ni el menor matiz de incongruencia. ¿Qué podía yo hacer? Lo mejor era ignorar lo que estaba padeciendo la parte inferior de su cuerpo que, por lo demás y hasta donde yo podía apreciarlo, no le era particularmente doloroso. Pensé, sí, en decirle que si iba a acogerse a la protección de mis blasones las cosas de aquí en más tendrían que ser diferentes. Pero no dije nada. No me pareció el momento oportuno. Le tomé una mano y le besé uno por uno los dedos frágiles y delgados, rematados con rojo carmesí. El galán, o patán, o bien no era celoso o se cagaba en las demostraciones sentimentales.

Jadeando como perro afónico aventuró por debajo una mano con la que se dedicó a aporrear las partes más delicadas de Sabrina, con lo que consiguió activarle todas las alarmas.

-¿Vos también vas a tratarme como un violador?, me preguntó, pobrecita, con la voz medio despeñada en los misterios del goce.

Pensé que la respuesta que esperaba era que no, que jamás sería brutal con ella, que besaría con devoción sus partes dulces antes que frotarlas con papel de lija... pero... no, no, no... no era eso lo que quería, lo que quería era que le

dijera que sí, porque si no quería más de lo mismo ¿por qué no empezaba por sacarse al maldito de encima?

-Mi amor, Sabrina, conmigo no vas a tener quejas...

Comprendí entonces..., milagro de abyección, que Sabrina estaba pendiente de mi palabra para alcanzar el goce perfecto, que no le alcanzaba con que la bestia estuviera arruinándole el culito tratando de clavarse más donde no podía ya clavarse más... Pero ¿cuál podía ser esa palabra que pondría a Sabrina a descansar de todas sus ansiedades? Le pedí a la divinidad que el Logos descendiera sobre mí y me la iluminara.

-Yo... mi amor... yo...

Pero ¿qué? ¿qué podía decirle desde mi virginal inexperiencia?

-Decímelo ahora... ahora..., suplicaba poniéndose en mis manos, ya asomándose a los abismos del orgasmo.

Sabrina temblaba como en hipotermia, se soltó a culear como una verdadera furcia, el sudor le bajaba por la frente y gemía como de emergencia. ¿Qué necesidad podía tener de aquello su delicado ser? El tipo se clavó cuanto pudo e inyectó chorros de vida en el lugar equivocado.

-Putra madre, gruñó ahíto acabando de acabar, y desmontó. Tomó nota de mi presencia como si yo estuviera esperando turno.

Sabrina estaba planchada sobre el cemento musgoso de la balaustrada. Fabio, o quizá Fabián, azotó con el miembro todavía erecto los delicados glúteos, como si tuviera todavía crema por soltar.

-Aquí te la dejo, campeón, pronta y lista, dijo después, ordenándose la ropa. No te pases ¿eh?

Me pareció que Sabrina estaba extenuada, a punto de desmayarse. Me saqué la chaqueta de terciopelo bordó que me regaló mi padre, contento porque finalmente iba a salir de noche.

-Sentate encima, dije ayudándola a hacerlo.

No llegó a bajarse el vestidito de manera que calculé que me dejaría la chaqueta hecha un desastre. Me arrodillé a su lado.

-Mi amor, dijo, poniendo sus manos sobre mis hombros.

Nunca la vi tan hermosa. El orgasmo la embellecía. Tenía los ojos brillantes y los labios húmedos y temblorosos.

-No te imaginás cuánto he deseado tenerte dentro mío, dijo con voz de ángela enamorada, como si fuera yo el que acababa de cogérsela.

¿Me hablaba con la verdad? ¿O eran las palabras de una noche loca? ¿Podía ser posible que estuviera tan enamorada de mí?

-¿Por qué no me lo dijiste?

-Te lo dije mil veces, cada vez que nuestras miradas se encontraban. ¿No te dabas cuenta?

-Sí me daba cuenta.

Cubrí con la mano la vulva abierta y húmeda, deseosa.

-No, por ahí no, dijo, terminante. Por atrás.

-Pero se va a mezclar con el suyo, protesté.

-Pero es el tuyo el que me va a recorrer el cuerpo hasta llegarme al corazón, dijo, apelando al despropósito fisiológico para acabar con mi resistencia.

Súbitamente ágil se puso en cuatro sobre mi chaqueta, ofreciéndome las nalgas. El ángulo de incidencia de la luz lunar me mostró que su ano estaba abierto y que de él se escurría un hilito de semen. Me sentí disgustado por la repugnancia, pero incapaz de sustraerme al llamado de la abyección. A punto estuve de subirme a la balaustrada, lanzarme al jardín y correr hasta el amanecer huyendo del absurdo. No, no lo haría. Esta era Sabrina, aunque hubiera visto lo que vi, ella era ella, y yo estaba enamorado, con un amor tal que no admite reticencia ni renuncia alguna. Me pareció que antes de obrar sobre su cuerpo debí dejarle claro, palabra por palabra, la naturaleza irrenunciable de mis sentimientos hacia ella.

-Sabrina, amor mío..., le dije a sus nalgas, a la vez desnudando el miembro, que estaba tan duro como pueda estarlo. Quiero que sepas que te amo con un amor que no cesará ni siquiera con la muerte.

Tenía la frente sobre sus antebrazos de manera que su voz me llegó lejana, apagada.

-Sé que es así, lo supe cada vez que nos mirábamos, que nos vamos a seguir amando más allá de la muerte.

¿Qué más podíamos decir? Nada. El arroyito semen seguía manando y se perdía entre los labios de la vulva. Como se lo vi hacer al fulano, apoyando los pulgares le separé las nalgas. Emboqué y empujé deslizándome cuerpo adentro. Inicié el culeo, chapoteando en el semen del otro. Sabrina musitaba y farfullaba a media lengua algo que yo no alcanzaba a comprender, quizá

palabras de amor, o de placer, aunque por el tono parecía agradecer, a mí probablemente, pero más seguramente a la Providencia que se servía de mí para remontar su cometa mágica una vez más hacia el Cielo del Orgasmo.

-No te detengas, dijo por una vez claramente. Voy hacia la maravilla... por fin voy a tener un orgasmo tuyo...

Sus palabras terminaron de incendiarme. Comprendí que no había nada que comprender y me lancé al galope. Montarla era como montar al caballo Pegaso. Me sobrevino una especie de felicidad loca. Pegaso me llevaba más allá de las nubes. Jadeaba y canturreaba como una ángela que hubiera encontrado su medida perfecta. Con cada puntazo la lanzaba un poco más allá del orgasmo. Me sentí omnipotente, capaz de lanzarla más allá de sí hasta disolverse en la delicia absoluta. Sintiéndola felizmente desfallecida, me detuve.

-¿Acabaste?, preguntó derrumbándose sobre un flanco.

Me puse de pie.

-No, dije. Pero no es por no mezclar, mentí. Me siento lleno de luz y de poder y quiero conservarlo, dije, lo cual también era cierto. No quiero acabar nunca más, me siento como una divinidad, no quiero volver a ser solo un hombre.

-Es lo que quería oír, que me coge una divinidad.

Estábamos en contacto verdaderamente. Mi miembro vibraba delante del rostro de Sabrina y ella me ofrecía el cielo de sus ojos como para iniciar un viaje del que no volveríamos nunca más. Se arrodilló y me tomó en su boca. Creí desmayarme al ver su boca invadida por mi miembro.

-Dámelo en la boca, dijo. Usá mi boca como si fuera mi ano, dijo, deliberadamente obscena.

Con mis manos en su nuca cogí su boca como si su boca fuera su culo y sus mejillas fueran sus nalgas. El velo se rasgó y vi todo con otra lucidez. Para Sabrina, ángela demoníaca, etérea, inalcanzable e indefinible, la belleza estaba en la obscenidad, en el exceso, en la humillación, y si yo quería amarla iba a tener que ser de la manera en que ella deseaba ser amada. Exploté. Vi sus delicadas mejillas repletándose y depletándose con el ritmo de la succión y la deglución. Después lamió todo el glande y recogió la última gota con la punta de la lengua. Me miraba como si fuera su señor y su dios. Inclínó entonces la cabeza para lamarme los testículos. Todo el misterio sublime de la belleza de Sabrina me era revelado. Lamiendo me ofrecía el cielo de sus ojos para que me zambullera en él y ya no fuéramos más que Uno.

Entonces fue que nos despertó del ensueño la terrible voz burlona de su verdadero dueño.

-¡Pequeña putita melindrosa! ¡No te puedo dejar sola ni un minuto porque te das al primero que pasa! ¡Arrastrada! ¡Voy a empezar a cobrarles a todos los que te cogen! Vení acá y lameme los zapatos.

Sabrina lo miraba con una mezcla de miedo y fascinación. Se puso de pie. Mirándome a los ojos me dijo, con una voz tan débil que tuve que leer en sus labios lo que me dijo:

-Soy solo tuya.

Después se acercó a él, se arrodilló y lamió el empeine del mocasín.

-¿Cómo tenés el culito? A ver, mostrámelo, dijo Fabio o Fabián, suavizando un poco la voz.

Sabrina se paró, le dio la espalda, se volvió a remangar el vestidito y se abrió las nalgas con ambas manos. Lo hizo mirándome a los ojos. Con su mirada me dijo que sabía que yo la amaría como ella quisiera ser amada. Entonces el tipo, furioso pero a la vez divertido, le preguntó:

-Sabi, querida. ¿Cómo podés ser tan puta?

3

Realidad

El primer relato es la imaginación de cómo hubiera querido, de cómo deseé conscientemente que comenzara nuestra relación. Estaba enamorado, es decir, dominado por un deseo de pureza, de virginalidad. El segundo relato es la imaginación de cómo temía -o deseaba inconscientemente- que comenzara nuestra relación. Estaba enamorado, o sea, dominado por un oscuro deseo de corrupción y de violencia. ¿Es justo, razonable y significativo oponer así ambas imaginaciones, una como el negativo de la otra? ¿Una es más real, más verdadera que la otra? Un cuerpo humano ¿se puede abrir longitudinalmente para observar que de un lado está habitado por la pureza y del otro por la corrupción? Un lado no es más verdadero que el otro, ambos juntos son el Cuerpo tal y cual vive y existe. Ninguno de estos dos relatos compone una imaginación que se acerque más que la otra a cómo las cosas en la realidad sucedieron.

Generar un tercer relato, recordando, accediendo a los hechos mediante la memoria, es también una forma de la imaginación, claro está. Tampoco en este tercer relato, pues, no importando cuán fiel a los hechos haya pretendido ser, se encuentra la verdad de cómo las cosas sucedieron. La verdad de los hechos está más allá de los hechos y de las imaginaciones. Siempre por algún intersticio se escapa. Y nunca sabremos dónde está, porque nunca cruzamos la raya, la frontera, y nos encontramos en la real realidad. El amor verdadero es como el rinoceronte de Dürero, un monstruo del que tenemos noticia y al que intentamos imaginar, de una manera y luego de otra hasta que quizá, con suerte, en algún momento nuestros bastonazos de ciego dejen de sonar a hueco.

Quisiera, por supuesto, conocer, haber conocido las imaginaciones con que Sabrina intentaba acercarse a nuestro punto de encuentro. Que las habrá tenido, por supuesto. ¿Para qué si no el chisporroteo de sus miradas fugaces? ¿Para qué si no estarme ofreciendo insistentemente su único híper tesoro -digo único porque yo no puedo imaginarle otro-, o sea, la inmensidad insondable de su mirada de cielo, celeste, celestial? Quisiera tener sus imaginaciones, pero me aterrorizaría tenerlas, tener las puras y las abyectas. ¿Serían, medidas en sus versiones extremas, más puras y más abyectas que las mías? Nos amamos, de eso no tengo ni la menor duda, y nos amamos desesperadamente, pero nunca supimos nada de las imaginaciones más extremas y secretas del otro. Cuando mucho, creo yo, creíamos, sin llegar a formular la idea, que imaginábamos lo mismo, como en espejo. Cosa, por supuesto, de tan improbable, imposible.

Entiéndaseme, esto no es un mercadeo, no estoy tratando de establecer cuánto vale nuestro cadáver, calcular si, de unirnos, nos hubiéramos servido el uno al otro, si nos hubiéramos enriquecido el uno al otro, si hubiéramos hecho juego como para recorrer la vida y enfrentar al mundo en tanto Esposos. Si hubiéramos podido realizar la posibilidad inaudita de que dos atracciones irresistibles se conviertan en un vacío luminoso, definitivo, que ya no necesita de palabras, ni de mundo, ni de nada para ser perfecto. Por eso, aún ahora, cuando ya no importa, considerando que la posibilidad de la pérdida es infinita, sigo avanzando cauteloso, cobarde, lento como una babosa, imaginando en los extremos, para medir todas las distancias y calcular el centro, el lugar del encuentro posible, tratando de adivinar el modo en que ella se aproximaba, su imaginación de la trayectoria hacia esa colisión inevitable, aunque ya definitivamente imposible.

Ahí está mi amor, la menos coqueta de sus coetáneas. Falda escocesa, blusa blanca, sweater azul casi negro, y sin embargo brillando como si fuera un diamante llegado desde el otro lado del universo. En su lugar de siempre sentada contra la pared, un poco perniabierta bajo la falda, con su Fabián o Fabio cercándola, chamuyándole de cerquita quién sabe qué, a lo que ella no presta mucha atención, o no le hace mucha gracia, cosa que se hace evidente en que su mirada sobrevuela el bullicio del salón de clases que espera la llegada tardía del docente. Yo no le saco el ojo de encima. El pelito rubio y desparejo, como se lo cortaría una niña ideática en un ataque de creatividad, pero también de desafío para burlarse de las reacciones que generará, sobre todo en sus mayores... ¿De qué no es capaz una niña que a la edad de

aprender a acicalarse se presenta con semejante exabrupto estético? ¿Qué no incluye un desafío semejante? Yo no me siento desafiado, a mí lo que me provoca es una ternura insoportable, a la que no sé llamar sino amor.

Pasea su mirada distraída hasta que se encuentra con la mía, sabe que un poco más acá o más allá su mirada se encontrará con la mía, a veces muy fugazmente, otras veces menos, como jugando con el riesgo de dejar de ser fugaces y quedar mirándonos hasta que -¿qué si no?- nos saludemos finalmente mostrándonos una mano o diciéndonos unas palabras, banales pero mudas, sólo con el movimiento de los labios, palabras mudas que podrían estar diciéndolo todo o, más seguramente, nada, lo indecible. Esto a menos que, colmo de los colmos, nos pongamos de pie y vayamos el uno hacia el otro para encontrarnos en el centro del bullicio en el momento mismo en que el profesor abre la puerta, llegando, por fin, tan atrasado, sepan ustedes comprender y disculpar señores estudiantes y tomen asiento y abran el libro en la página en que dejamos nuestro tema en la clase próximo pasada. Pero no, lo que nunca sucede en ese cruce de miradas fugaces es que lo fugaz se vuelva fijo y nos quedemos mirándonos, dándonos inesperadamente una oportunidad. Su mirada sigue de largo como si temiera quedar enredada en la mía, y mi mirada huye como si ella fuera a castigarme por quedarme repitiéndole descaradamente con mi mirada que estoy enamorado.

Y después... después hubo aquel día. ¿Era de alguna manera necesario que lo hubiera? ¿No hubiera sido mejor quedarse para siempre con la magia de las miradas, con el puro anhelo de que algo sucediera, con el temor de que lo que sucediera no estuviera a la altura de lo deseado? Preguntas que son como pisar mierda paseando por un parque en un día de primavera. Porque ¿no

hubiera sido mejor quedarse a medias entre la pureza y la abyección en vez de pisar donde se sabe definitivamente que no hay más que abismo? No lo sé, pero sé que si he planteado las preguntas no me queda sino tratar de relatar toda la “verdad”. Pero ¡qué difícil es, entre todas las aristas de la “verdad” elegir la más conveniente! ¿La verdad de la pureza o la verdad de la abyección? ¿O una pero desde la otra, o con la otra, o para la otra? Así andaba yo en aquellos días, dándole vueltas y más vueltas a la confusión.

El piso superior de la Facultad todavía no estaba habilitado. Sólo una cinta de exclusión impedía la entrada. Desde hacía meses los trabajos estaban suspendidos. No había bancos en los salones y los baños están por hacerse., lo que no impedía que algún solitario recalcitrante encontrara allí donde refugiarse del mundanal ruido, o que alguien presionado por una prueba inminente intentara allí concentrarse en la lectura, o que alguna parejita encontrara allí alguna privacidad para sus arrumacos. A unos y a otros, al haber estado sentados en el piso, al volver a la civilización se los reconocía por el polvo de obra que llevaban adherido a los fundillos. Lo de privacidad es muy relativo porque por aquellos días ni siquiera las puertas habían colocado. Yo era uno de los que dos por tres se exiliaba en el último piso para huir de alguna clase insoportable y entregarme a la lectura de algo que no me costaría mucho calificar también de infumable pero que contaba por el momento con el beneficio de mi curiosidad despertada por algún comentario casual relevado al azar en alguna lectura secundaria. Porque así era como, en mi calidad de adolescente inconforme, elaboraba mi plan de lecturas: con lo que fuera con tal de que no incluyera las lecturas obligatorias para los cursos.

Había días en los cuales, puesto que tampoco había sido aun instalada la calefacción, el supuesto refugio se volvía inhabitable. Uno de esos días fríos en los que no esperaba encontrar compañía alguna allí estaban Sabrina y su Fabián, o su Fabio. Es curiosa mi incapacidad para decidir cuál era el nombre del fulano. Ha de ser porque nunca llegué a hablar con él, ni nadie me habló de él, de manera que no tuve oportunidad de fijar su nombre. Ni siquiera llegamos a mirarnos a los ojos. Como resultado, para mí era como si Sabrina tuviera dos novios y yo no supiera a cuál correspondía cada uno de los nombres que habían anidado en mi mente.

No llegaron a verme, sobre todo porque estaban muy entretenidos en lo suyo, pero también porque me detuve justo antes de aparecer en el marco de la puerta, asomando sólo lo necesario para verlos con un solo ojo. No creo que hubieran notado mi presencia a menos que les hablara. De hecho, creo que, aunque hubieran notado mi muy discreta presencia, no les hubiera importado en absoluto: nada les hubiera importado, al menos hasta alcanzar el clímax de la experiencia en la que estaban absortos. Solo la urgencia podía explicar que se entregaran a lo suyo en público, o por lo menos sin puertas que cerrar. Pero ¿y si Sabrina hubiera notado que era yo el que estaba ahí viéndolos? ¿Hubiera suspendido y ocultado lo que había para suspender y ocultar? Sus reflejos de ocultamiento hubieran sido tan lentos, tan naturalmente torpes, y mi huida hubiera sido tan rápida, que el intento de disimular las evidencias hubiera sido inútil. Lo que sé es que en ese momento deseé no haber ido hasta el último salón del pasillo, que era donde ellos estaban. Hubiera querido encontrar un rincón para mi lectura en otro salón, pero es que, cuando uno no tiene en realidad ganas de leer el libro que lleva en la mochila, uno da más vueltas que

un perro para echarse, y en esas circunstancias dar vueltas era seguir caminando hasta el fin del pasillo.

Regresé. Me instalé bien al fondo del salón de clases y esperé a que aparecieran. Lo hicieron. Sonrientes, relajados, aplomados, ambos proyectando un poco hacia adelante el pubis como en desafío, como dos atletas satisfechos con las performances que han podido arrancarles a sus cuerpos. ¿Exagero? No, es lo que vi. Quizá si no hubiera sabido de qué venían no hubiera captado el gesto de sus cuerpos. Habían alcanzado y se habían holgado con aquello por lo que se afanaban en su pretendida soledad. Se instalaron en su lugar, que nadie se atreve a ocupar en su ausencia. Allí, en el punto geométrico más oculto al rango de visión del docente instalado en su escritorio, Sabrina apoyó la frente sobre los antebrazos, como muy dispuesta a una siestita, y el patán se le arrimó todo lo posible como para seguir comiéndole la oreja con algo que quizá el hada Sabrina aún no le ha querido conceder. Y así siguieron toda la hora, mecidos en la dulce modorra, excepto por un instante, un pestañeo apenas, en el que ella giró la cabeza para mirar por encima de su hombro enfocándome directamente con sus ojos de cielo, como si en todo ese rato de modorra hubiera estado pensando ¿en quién? solo en mí. Fue una especie de automatismo, como la mirada del niño que justo antes de dormirse busca con los ojos el juguete nuevo para asegurarse de que sigue donde lo dejó. No había necesitado buscarme con su mirada al regresar al salón -de hecho, no lo hizo- para saber dónde estaba yo sentado y si la estaba -como siempre- siguiendo con la vista. Y no había tenido que buscarme con la mirada al mirar por sobre el hombro para chequear que allí seguía estando.

¿Y si, sin que yo lo notara, en el micro instante en que los vi allá arriba, ella, desde la comprensible melcocha sensual en la que es razonable pensar que estaba inmersa, a pesar de todo llegó a tomar nota de que era yo el que la estaba mirando? En ese caso la mirada ansiosa, lanzada fugazmente por encima de su hombro mientras el gañán le comía la oreja bien pudo haber querido decir... ¿qué? Lo indecible... algo incommunicable aunque hubiera sacado el celular y me hubiera mandado un mensaje, suponiendo que tuviera mi número. Aunque el recurso al celular ni se le hubiera ocurrido: todos sabemos que cada vez es más escaso lo comunicable desde que hemos confiado nuestras comunicaciones a los gadgets electrónicos. Lo indecible... lo que es insólito a punto tal que no es posible encontrar palabras para decirlo. ¿Qué de insólito hubiera querido en ese momento comunicarme?

¿Qué fue concretamente lo que vi cuando los vi allá arriba en el último piso? Nada. Se masturbaban. Uno al otro. Simultáneamente. Estaban sentados en el piso, con la espalda contra la pared. Sus brazos derechos se cruzaban para alcanzar con la mano el sexo del otro. Parecían explorarse, sin apuro, sin el automatismo que indica el hábito. El pene era grueso, pero no tanto como para que los dedos largos y delgados de Sabrina no pudieran empuñarlo. Los dedos de él, haciendo a un lado la entrepierna de la bombachita negra penetraban una y otra vez, con la palma de la mano para arriba y luego para abajo, como palpándola por dentro. Eso fue todo. Más no pude captar en mi vistazo.

¿Cuánto tiempo estuve espiándolos? Entre tres y cinco segundos, calculo. La cabecita de Sabrina, cabecita solar de niña medio salvaje, estaba inclinada hacia el vientre de él, como atenta a lo que hacía con la mano... Sí, sentí... pero fue un rato después, al recordar... sentí como si mi ángela reprimiera el

antojo de avanzar hacia el pene, y de tomarlo con la boca. Cuando se intenta recordar con total precisión ¿en qué momento se deja de recordar y se pasa a imaginar, es decir, a desear? La mera pregunta, lúcida, sin duda, pero incomprensible para mí en su lucidez, me llenó de pavor y de náusea. Me convencí, no por lo que vi, sino por lo que imaginé recordando lo que vi, que mi amor por Sabrina se había vuelto imposible aun antes de empezar.

Decidí irme, solo, a nuestra casa de Punta Colorada durante toda una semana. No quería verla. Tenía que extirparla de mi mente, raspar hasta el hueso. Porque una cosa era imaginarla a lo salvaje, como lo había hecho y lo había narrado, protagonizando excesos y abyecciones, y otra cosa era imaginar a partir de algo real y concreto, de ese gesto -o medio gesto, o casi gesto- en el que intuí su deseo de tomar el pene con la boca: volver a verla implicaría inevitablemente ponerme a descifrar en su rostro si lo imaginado era efectivamente una verdad que provenía de ella, y que yo había intuido, o si era una verdad que provenía de mí por completo... pero ¿cómo de mí? ¿no había intuido yo el deseo de ella, sino que había construido a partir de un gesto banal, insignificante, mi deseo de verla... haciendo eso? Pensando en volver a verla se me llenaban los ojos de lágrimas y un insoportable sentimiento amoroso me atenazaba el corazón, sentía que la perdonaba en lo que le tocara de este enredo de pasiones, que todo se borraba y ella quedaba impoluta, intocable, bella y pura mucho más que antes. Pero ¿y si lo que estaba en juego era, en realidad, la verdad de mi deseo? ¿qué debía hacer? ¿ocultarla? ¿o encarar y decírselo, con las consecuencias imprevisibles que generaría? Ella... y yo... ¿hundiéndonos en semejante pantano? ¡Por Dios, no! Se comprenderá

que la semana de aislamiento y soledad me dejó en la desesperación y en la más profunda de las confusiones.

Cuando volví a la Facultad no estaban Sabrina ni su escolta. Formaban parte de un grupo que estaba haciendo trabajo de campo en Tacuarembó. Pensé, casi con indiferencia, que estarían haciendo vida marital, poco más o menos. Me sentí aliviado, quizá con una semana más de no verla terminaría de curarme. Por supuesto que no se me ocurrió que Sabrina pudiera haber adivinado la razón de mi ausencia y pudiera haber pensado ella también una manera de curarme, más cruel y definitiva. Que es lo que hizo, con la complicidad de su “ínchima”, Rosalba. En sus apartes para chismografía no era difícil deducir de quién hablaban, porque sin disimulo miraban al sujeto al unísono. En este tipo de circunstancias más de una vez las vi fijarse en mí: la sonrisa torcida de Rosalba me impedía ilusionarme con que hablaran de mí maravillas.

Una mañana, aprovechando la ausencia de un docente, me recluí en la biblioteca, tratando de ponerme al día con las lecturas curriculares. Al rato Rosalba irrumpió y vino derecho hacia donde yo estaba.

-Necesito que me des una mano, o mejor dicho, las dos.

-¿O sea?

-Vení, dijo, y arrancó hacia lo profundo de la biblioteca.

La seguí. En la sala yo era el único lector. La encargada estaba escondida detrás de su computadora. Rosalba se detuvo detrás de la última estantería. No podía sino estar buscando un lugar escondido.

-Necesito que me agarres las tetas, dijo, sin más, terminante, como si de una emergencia se tratara.

La sorpresa me dejó como de una sola pieza. Conocía la fama de bromista de mal gusto de Rosalba, pero no me la imaginé tan insolente.

-Te explico, arrancó con un tonito del todo mentiroso. Tengo algo crónico en las tetas. Crónico y cómico, agregó haciéndose la graciosa. De repente me viene un cosquilleo insoportable, sobre todo en los pezones. Si me las agarrás un ratito con eso se me pasa.

-No hablarás en serio, protesté.

-Es un ratito nada más, dijo, y, suplicante pero implacable, de una se subió el sweater, la blusa y el sutién dejándome ver a las presuntas damnificadas, que se veían, no obstante, gozando de muy buena salud.

Yo había oído el cuento según el cual su madre en el verano la había llevado a Río para que le hicieran las tetas. El resultado aun para un lego en la materia como yo lo era, se veía realmente muy atractivo: se le veían redondas y reventonas como frutos maduros.

-¿Te gustan? ¿No te dan ganas de agarrarlas un poquito?

-Rosalba, no hablarás en serio..., insistí, atascado en mi pobre argumento.

-Por favor, es que no puedo más...

-Pedile a alguna compañera, propuse, pero ya con tono de quizá ceder.

-¿Qué te pasa?, ladró entonces, cambiando de táctica. ¿Sos marica? ¿No te gustan mis tetas?

Conminado, empujé garganta abajo una bola de saliva y puse mis manos, un poco temblorosas, quizá húmedas, sobre sus opulentos hemisferios.

-Ahí está..., suspiró. Por fin... ahora apretalas como si quisieras sacarles jugo.

Se derretía de gusto viendo mis manos sobre sus tetas.

-Sabía que podía confiar en vos, susurró con delicia. Tenés unas manos mágicas, exageró como para motivarme. Ya empiezo a sentirme mejor.

Apretalas más fuerte, tironeá de los pezones, como para ordeñarme.

El placer que expresaba se me contagiaba. Presa de un súbito entusiasmo se las apreté con fuerza.

-Así, más fuerte, exigió.

Pero aunque quisiera hacerlo mis manos no respondieron. ¿Qué tal si le dolía? ¿Qué escándalo no sería capaz de hacer aquella muchacha caprichosa?

-Apretá que son irrompibles, insistió irritada.

La imaginé contando la peripecia en medio de un corrillo de boludos y boludas que se ríen de la imitación que hace de mis resistencias. Di libre curso a mis reprimidos entusiasmos y empuñándolas las oprimí como para exprimírselas.

-Juntalas, susurró entre dientes. Que se toquen los piquitos. ¿Podés lamerlos... a los dos... a la vez?, decía fuera de sí.

Jamás hubiera pensado que manosear unas tetas, al borde del maltrato, pudiera darme tanto placer. Fue la primera vez que se me hizo evidente la convicción, muy varonil, según la cual a una mujer llevada a cierto punto de excitación se le puede hacer cualquier cosa porque no se niega a nada.

-No puedo más, jadeó con la voz enronquecida. Mordelas un poquito.

Lo hice, por supuesto, sin dejar de notar que también a un hombre, o un muchacho, o a un viejo, supongo, llegado a cierto punto de calentura se le puede pedir cualquier cosa y la hace. Esta idea me pareció por demás excitante. Tampoco yo podía más. A esta altura de las cosas se las hubiera prendido fuego si me lo pedía. Mordí, pues, aquí y allá, y cada vez más fuerte.

-Hijo de puta, gruñó, con la voz quebrada.

Fue como si me reconociera lo lindo que soy. Perdida toda moderación le mordí los pezones. Soltó la ropa que sostenía remangada bajo su cuello y poniendo ambas manos sobre mi nuca apretó y refregó mi cara contra sus tetas y, en medio del manoseo, las mordidas y el babeo, exhaló la vocal del placer hasta que ya no tuvo más aliento. Le pedí al Cielo que, por una concesión especial, el clarinetazo de Rosalba no hubiera llegado a los oídos de la encargada. De lo contrario el escándalo superaría todas las previsiones. ¿Y qué diría Sabrina al enterarse? ¿Le pediría explicaciones a su íchima? Sí ¿qué diría Sabrina? me pregunté. Y sorprendentemente caí en una total confusión, de ninguna manera pude imaginar lo que diría Sabrina.

-¿Vos cómo estás?, preguntó Rosalba volviendo en si con un largo suspiro.

Antes de que yo pudiera esbozar alguna forma de retirada, la mano de Rosalba, rápida y precisa como un ave de presa, cayó sobre mi vientre atrapando el bulto por demás notorio, lo empuñó por encima de la ropa y se lanzó a menearlo con toda la vehemencia de su ansiedad por verme derrotado.

-No te preocupes, que no te voy a dejar a pie, murmuraba como furiosa, con manos torpes más que cariciosas, pero sumiéndome de todas maneras, poco a poco, en el descontrol.

En mí luchaban la delicia del desborde inminente y la vergüenza de eyacular prácticamente en público. Rosalba adivinó de qué tipo de dilema colgaba mi alma irresoluta. Para ese tipo de dilema conocía sin duda varias soluciones.

-¿Querés que te muestre otra vez las tetas? ¿Querés morderlas un poquito más? ¿Te imaginás cuando se las muestre a mis amigas, llenas de moretones?

Sí, la imaginé mostrando las tetas en el baño, el jolgorio y la excitación de las lobitas, y entre las que se acercaban a curiosear estaba... ¿quién sino Sabrina? Sí, mi amor, esto es para vos, pensé en el vértigo y en la confusión, y arremetí con el miembro contra el puño de hierro de Rosalba. Exploté apoyándome en ella para no caerme por la total flojera que me vino en las piernas. Estuve cogiéndome el puño apretado no sé cuánto tiempo, sintiendo que soltaba semen una y otra vez. Recién cuando acabé de acabar me di cuenta de que tenía las mejillas empapadas por lágrimas.

-Mamita, dijo, atónita. ¡Qué polvo! Y llorando como un bebé... Sos divino, guacho, te pongo bien arriba en la lista de mis favoritos, decía secándome las lágrimas con los puños del sweater. Vení cuando quieras. No tenés que pedir hora.

Entonces se miró la mano.

-Mirá lo que me hiciste, dijo haciéndose la ofendida. Mirá qué enchastre...

Se olió la mano.

-Pero huele muy bien... ninguno de mis favoritos huele tan bien, dijo, pasándose prácticamente la mano abierta por la cara. Y mirá cómo quedaste vos...

En el frente del pantalón tenía una mancha de humedad del tamaño de un plato. Me saqué la campera y llevándola en la mano oculté el desastre. Pasamos frente al escritorio de la encargada.

-Muchas gracias, dijo Rosalba, amable hasta el desparpajo.

-Al contrario, gracias a ustedes, dijo la mujer sin sacar la cara de detrás de su monitor.

Ni pensar en volver a clase con semejante condecoración, por más que insistiera Rosalba, excitada por la idea de llevarme en procesión triunfal, como ejemplo de bestia domesticada. Los payasos de su corte se deleitarían armando flor de escándalo. Hui. Por suerte, habiendo salido por la mañana con atraso, vine a Facultad en el Mini, con lo que evité todas las miradas y todas las explicaciones. Me tiré en la cama a mirar el techo, largamente, hasta que la niebla se fue disipando. En primer lugar estuvo claro para mí que Rosalba le estaba haciendo un mandado a Sabrina. ¿Por qué semejante mandado? La amaba, y por consiguiente mi primera reacción fue atribuirle una finalidad positiva. Lo hizo por piedad, pensé. Debió de haber pensado que yo estaba sufriendo por lo que vi en el último piso, y su ingenio me parecía lo suficientemente complejo como para calcular que si yo me entregaba a manejes similares con su amiga -cosa de la que ella se enteraría de inmediato puesto que era ella quien la enviaba- entonces yo dejaría de sufrir. Culpas

iguales, sufrimientos iguales, empate. Una forma retorcida de la piedad, pero piedad al fin.

La conclusión me parecía satisfactoria, pero de inmediato sospeché que eso no era todo. Que quedáramos a mano significaba, por supuesto, que podíamos retomar nuestro interminable flirteo. Por consiguiente, empatar la partida, quitándome el motivo para dar por concluida nuestra sub relación, era la manera de Sabrina de decirme que no iba a renunciar a mí. Es decir: no iba a renunciar a mí, pero no iba a encarar una relación en la que tuviera que cargar con el lado abyecto mientras que yo cargaría con el de la pureza. En fin... y con su Fabio Fabián ¿qué pensaba hacer? ¿seguiríamos remolcándolo como una especie de imposibilidad provisoria? ¿le importaba tanto como para seguir sosteniéndole la fachada de novio oficial? Respiré hondo. Comoquiera que fuese el gesto de Sabrina era suficientemente fuerte y significativo como para darme por curado de la herida que sus impudores me causaran.

Sabrina reapareció el lunes siguiente y ocupó su rincón habitual junto con su escolta habitual. Las manos me sudaban y el corazón me golpeaba en el pecho, como si quisiera soltar las amarras y huir de aquella situación. No era un lunes cualquiera. Estaban ya escritas a fuego las ineludibles condiciones para nuestra posible relación. Aun antes de tener claro que era un mandado de Sabrina yo había permitido que Rosalba prácticamente me violara, intuyendo que, paradójicamente, no había otro camino posible hacia mi objetivo, Sabrina. ¿Estaba dispuesta a cambiarme por su Fabricio? ¿Me pondría en su lugar? Ella tenía la palabra, y yo sería suyo por siempre jamás. Y ella sería mía para siempre.

Al verlos aparecer juntos me pregunté si dormirían juntos. Altamente improbable porque ella vivía con su familia, y no creo que pudiera conseguir de ellos autorización para llevar con el fulano vida de casados. Aunque quien sabe... lo que importa es salvar las apariencias. Que no sepa tu mano derecha lo que hace tu mano izquierda. Al fin y al cabo ya no eran niños y sus apetitos eran incontrolables, para ellos y para sus padres. Seguramente el régimen era canilla libre en las horas del día. Me pregunté si mi padre me autorizaría a llevar a una compañerita a dormir a casa. En casa somos solos él y yo. Mi madre murió siendo yo un niño. Seguramente que me autorizaría, a condición de que fuera una compañerita de estudios, como si eso fuera alguna garantía de algo. En fin, aún hoy son las niñas las que pueden manchar o perder su reputación, no los niños, de manera que el peso de la autorización no recaería sobre él sino sobre los padres de ella.

Esperé con paciencia a que Sabrina me buscara con la mirada, pero pasó, lenta como un caracol, toda la hora de clase, y no me buscó. Pero después... ¡trágame tierra!... en medio del tiempo de descanso, en medio del bullicio, vi que Sabrina abandonaba su lugar, un poco empujando a su Fabricio y, dando toda la vuelta al salón enfilaba derecho hacia donde yo estaba. Me puse de pie, como si viniera a increparme por algo, o a gritarme su punto de vista, o a colgarme del pecho una cocarda. Se detuvo frente a mí callada la boca, sin mirarme a los ojos. Era algo tan tenso como si fuéramos a agarrarnos a las cachetadas. Me sudaba hasta el culo y a duras penas podía respirar, sintiendo el pecho y la garganta como si fueran de piedra. Ella esperaba, como si fuera yo el que tuviera que decir algo. Debí decirle "Casate conmigo" por absurdo que fuera, o "Si no sos mía me mato", pero no dije nada. Debería haberle dicho

algo tremendo, que le trancara el cerebro imposibilitándole negarse, protestar, rajar o gritar pidiendo auxilio. Pero no dije nada. Entonces me miró, lanzándome encima los cielos de sus ojos y poquito a poquito las mejillas se le fueron poniendo coloradas, tan coloradas como si aquella fuera la situación más bochornosa de toda su vida. Aun así, no articulaba ni una palabra: esperaba que yo tuviera el valor de decir las únicas palabras que podía haber entre nosotros, y que solo podían ser palabras terribles, definitivas, irrevocables. ¡Ella era incapaz de decirlas! ¡Y yo no las dije! ¡Horror de los horrores! No las dije. Me quedé callado como reprochándole algo, como descargando en ella la culpa de todo lo que no fuera posible entre nosotros.

Su mirada se soltó de la mía y vino a fijarse en el segundo botón de mi camisa, a la altura en que mi pecho pugnaba por seguir respirando. Tenía claro de que en esta imposibilidad de ambos de decir, estaba todo perdido, ya sin marcha atrás. Sentía que ese maldito momento era la única oportunidad de un futuro para nosotros. Y no lo habría... porque ninguno de los dos era capaz de decir una palabra. Y esa ausencia de futuro era algo terrible de sentir. En mi joven vida yo nunca la había sentido, y supongo que ella tampoco. Hasta ahora en la vida todo me había parecido flexible, cambiable, fuera a voluntad, al azar o in extremis. El futuro nunca me había parecido un bloque de piedra que cayera del cielo directamente sobre mi cabeza para aplastarme.

Era obvio que Sabrina estaba tan asustada como yo, que si hubiera podido hablar hubiera dicho “Abrazame ahora”, “Estemos juntos por siempre jamás”, o “No quiero que existas”, “¿Por qué no te cambiás de Facultad?”. Me aflojé del todo, como quien se permite pasar a ser cadáver, me aflojé porque me alivió saber, por lo menos, que estaba tan asustada como yo, lo cual absurdamente

me parecía que equivalía a gritar a voz en cuello que me amaba tanto como yo la amaba, aunque todo fuera tan rematadamente imposible. Zafó entonces, como si las amarras que nos habían mantenido inútilmente orbitando uno en torno al otro se hubieran podrido y no aguantaran el menor tirón. Zafó y el mar, como un monstruo vasto e implacable, se la llevó hasta la otra, remota orilla, hasta su rincón contra la pared, donde su patán la protegería. Se inclinó sobre ella como pidiéndole explicaciones, o consolándola, y después, por primera vez en esta historia de miradas, se volvió él hacia mí y encontró mi mirada, y vio que estaba muerto, y ya no me volvió a mirar.

En toda la tarde no pude levantarme de la cama, vencido por una densa somnolencia, quizá por un verdadero estado febril. No quería pensar en el oscuro y vertiginoso momento que había vivido. Ya en la última luz del atardecer se abrió la puerta de mi dormitorio y apareció Sabrina, fantasmática, incorpórea, irreal, pero deliciosa, frágil y delicada como una brisa de primavera que hubiera comparecido para disipar mi malestar. Se acercó a la cama y se acostó sobre mi cuerpo, de costado, con las manos unidas para hacerle de almohada sobre mi pecho, acomodándose como para hacer una siesta en un bote a la deriva. Pesaba menos que la hoja de un árbol flotando sobre el agua quieta de un estanque. Una calma absoluta descendió sobre mí y me dormí respirando profundamente sus amados aromas.

Epílogo

Decidí no volver a la Facultad. Sin vergüenza alguna le expliqué a mi padre el motivo de mi deserción. Él había amado a mi madre y la había perdido, de manera que no le faltaban elementos para resolver mi ecuación. De todas maneras, trató de explicarme el carácter alucinatorio de los enamoramientos a mi edad. Le respondí que, real o alucinatorio, aquello era demasiado para mí. La única salida para mí era no volver a verla. Se lo pensó un par de días y me propuso que estudiara Administración de Empresas en la Universidad de Nueva York, o sea, que yo recibiera la misma educación que él había recibido. Al volver entraría a trabajar con él. Para entonces, la evolución de su empresa le exigiría tenerme a su lado. Acepté, y pasé tres años en Nueva York. Santo remedio. Entre el proceso de adaptación y las exigencias de los cursos pronto olvidé la ordalía amorosa por la que había pasado. Y al volver me traje una esposa gringa, Melissa, el ser más dulce, compañero y sumiso imaginable. No fue todo impecable en mi convalecencia y en mi curación. Hubo un momento

en que todo volvió y en mi mente los recuerdos y las imaginaciones era una melcocha infernal que me sumía en la más cruel desesperación. La amaba, no había sido ninguna alucinación. A punto estuve de regresar a buscarla y obligarla a que nos dijéramos todo lo callado, y que no podía ser tan terrible como para no poder ser escuchado. Melissa fue fundamental para que pudiera aplacar mi locura amorosa y alcanzar algo que se pareciera a la paz. Es una verdadera enfermera del alma. Con la paciencia de una santa conseguía canalizar hacia ella los torrentes descontrolados de mi afectividad y la furia de mi deseo frustrado.

De regreso en Montevideo nos instalamos en un apartamento en la rambla de Malvín, regalo de mi padre. Al poco tiempo Melissa quedó embarazada, y yo me sumergí en el redimensionamiento de la empresa. Aunque había crecido a solas con él, niñeras mediante, nunca había sentido el tipo de felicidad que sólo es posible en la unión profunda con el progenitor. La empresa llegó a sus límites de rendimiento y empezamos a pensar en la expansión, que mi padre prefería, o en la diversificación, que yo prefería. Nada me podía faltar para ser feliz. Muy joven aun me sentía ya maduro, lúcido y sensato, y cargado con la más poderosa energía vital. Ni por un momento pensé en Sabrina. Ni siquiera pensaba en ella para alegrarme de estar definitivamente curado.

Me encontré con él -Fabián, Fabio, Fabricio, como quiera que fuese- en el parking de un shopping center. Nuestros autos estaban uno junto al otro. Me reconoció antes que yo a él y se acercó. Poco había cambiado. Estaba, pienso, en el momento en que se comienza a imitar las seguridades y los cinismos de los adultos. Ya no tenía el rulo rebelde sobre la frente, sino que estaba peinado para atrás con fijador, y en la boca tenía un rictus permanente de desagrado

que antes no tenía. Me tendió la mano. Aquel fue el primer contacto físico entre nosotros. Comprendí que por muy curado que estuviera, lo último que quería era algo que me la recordara.

-Fabio ¿cómo estás?, dije, tan afable como pude.

Es justo decir que había en él al menos trazas de integridad y de compasión. De no ser así me hubiera dejado pasar, sin contactarme. Al fin y al cabo no tenía para conmigo más que una obligación moral.

-Fabián, me corrigió, dijo, y después-: Entiendo que estuviste viviendo en Estados Unidos...

-Así es.

-¿Sabés lo de Sabrina?, preguntó, sin más,

Adiviné, por supuesto, lo implicado en su pregunta. Se me aflojaron las rodillas y se me cayó la cara. No pudo sino darse cuenta de la dimensión del golpe. Quedamos callados. Señaló hacia la entrada del shopping.

-Vení. En ese bolichito nos tomamos un café y te cuento.

Volví en mí sin entender lo que me decía, pero cuando enfiló hacia la cafetería lo seguí. No hablamos hasta que tuvimos delante el café. La cabeza me pesaba como cien kilos.

-Sabrina murió hace un poco más de dos años, en julio.

No otra cosa esperaba que dijera, pero de todas maneras fue como si me diera un martillazo en la frente, no exagero. Yo no podía decir palabra. Lo miraba como se mira a un repugnante embaucador. Se dio cuenta de que yo estaba

cerca de una reacción fuera de control. En ese momento tomé nota de que Fabián -pantalón, chaqueta y polera- vestía de negro.

-Estás de luto, balbuceé como si me sorprendiera.

Bebí el café de un trago mientras él colocaba un terrón de azúcar sobre una cucharita y luego lo impregnaba con el café. Fabián era entonces su nombre. Comprendí que la supuesta dificultad para fijar su nombre no había sido más que una manera de negar su existencia. Pero no solo existía, sino que había sido él, y no yo, el que había estado junto a Sabrina hasta el final. Yo era el que no había existido.

-Cáncer de colon, dijo. Cuando se lo diagnosticaron ya era tarde. Fue un año después de habernos recibido.

Con una intensidad insoportable se adueñó de mi mente la imagen de Sabrina. La belleza delicada de su rostro un poco anguloso, el pelito rubio deliberadamente mal cortado, la mirada clara, como de paisaje aéreo, el cuerpo delgado, quizá frágil. La vi con los cachetes colorados mirando fijo el segundo botón de mi camisa. De mis ojos se soltaron las lágrimas, una tras otra, alimentando sin cesar los arroyuelos que bajaban por mis mejillas. No intenté secarlas, ni contener el llanto.

-Cuando ya no podía salir de la cama le pedí que se casara conmigo. “No puedo hacer eso”, me dijo.

Por supuesto que no podía. Era yo el que tendría que haber estado allí para casarnos in extremis. Fabián lo sabía, de ahí sus palabras, honestas y crueles a la vez. Saber que me esperó hasta el final terminó de derrumbarme. El río de mis lágrimas podría haber hecho fértil al desierto. Sentí que así, a cara

descubierta, empapada por las lágrimas, era como tenía que gritarle al mundo lo estúpido, cobarde y cruel que había sido. Fabián, en lugar de tomar mis lágrimas como la confesión que eran y arrancar a golpearme y escupirme, que es lo que merecía, me miraba conmovido por el espectáculo repugnante de mi hipocresía, desvergonzadamente disfrazada de dolor. Mi rostro se descompuso, de lástima que me daba a mí mismo, y las lágrimas se multiplicaron porque ahora eran tantas por ella y el doble por mí. La gente dentro del boliche y desde fuera a través del ventanal, se detenían a contemplar la indecencia y la indignidad de mi exhibición, el caudal de dolor que ponía en juego y que goteaba desde mi mentón sobre mi camisa y sobre la mesa. A través del ventanal una parejita me tomó una foto con el celular, ella levantó un pulgar aprobando mi performance. Seguramente pensaban que era una escena de una telenovela que era filmada con cámara oculta.

-Tuvo dos cirugías, seguía relatando Fabián. De nada sirvió, tenía metástasis dondequiera que pudiese tenerlas, en los ganglios, el hígado, los pulmones. Hasta el final recibió radio y quimio.

Por un instante quedé atrapado dentro de la obscena bola de dolor y demencia en la que Sabrina estaba atrapada. Era algo inconcebible y pavoroso. Podría haberme parado y salido corriendo hasta los meros confines del mundo, hasta los últimos amaneceres, pero podía nada ni quería más, estaba como atornillado a la silla y a la mesa y a Fabián. Hasta que terminé de tragármelo todo, mucho más allá de la náusea: la bolsa contra natura para los detritus, la delgadez cadavérica, la pérdida total del cabello. A punto de gritar “Basta” comprendí que no se detendría, que esta era su venganza por haber tenido

que aguantarlo todo solo, sin siquiera haber sido el elegido, y sin que yo compareciera para tragarme mi parte.

¡¿Dos años y medio?! ¿Hacía dos años y medio que murió? Cegadora, comprendí entonces la última verdad, la última prueba de la naturaleza de nuestra relación: la crisis espantosa que sufrí en Nueva York, y de la que salí verdaderamente por los pelos, sucedió hace dos años y medio, y ahora supe que me la produjo la percepción, el saber inconsciente de que Sabrina estaba muriéndose. Aquel desbarajuste de mi conciencia lo produjo su llamado, su pedido de que estuviera allí con ella ayudándola a morir, porque era yo, mi mano en la suya, mi mirada en la suya, mis labios en los suyos recibiendo su último aliento, lo único que la podía ayudar en paz, en alguna forma de paz, a cerrar los ojos para morir. Comprender aquello, si no fuera tan cobarde, tan atterradoramente indiferente en lo más profundo de mí, pudo haberme lanzado en las fauces de la locura y del deseo de morir.

-Tengo una foto en la billetera. Es casi al final. ¿Querés verla?

Cómo decirle que no, que se la guardara, que los extremos del horror se los dejaba para él... Dije que sí y me la mostró. Piel y huesos. Desaparecida para siempre su belleza angelical, a la vez dulce y maliciosa. Una calavera en estado emergente. La mirada ya vacía, fija en el lente de la cámara. Eso fue lo peor. Supe que a través del tiempo y del lente, me estaba mirando, que sabía que yo vería esta foto. En el momento mismo en el que le tomaron esta foto sabía que yo vería algún día esa foto. Lo sabía, y aprovechaba esta última ocasión para decirme finalmente lo indecible. "Yo era solo para vos" me decía. Comprendí por fin lo indecible. "Eras solo para mí, exististe sólo para ser mía" balbuceé para sus ojos ya vacíos que me veían con su última luz. No me sequé

las lágrimas ni me corté los mocos. No tenía derecho a disimular mi dolor ni mi indignidad. Se merecía la performance completa de este a quien había amado inútilmente, se merecía saber que por más cobarde que yo hubiera sido al huir de nosotros, nada dentro de mí se había nunca curado de mi amor por ella. Tenía derecho a saber que si su vida no había merecido el amor, por lo menos había merecido este dolor, verdadero o falso, pero sin límites.

Fabián estaba sinceramente sorprendido y compungido por la descontrolada expresión de mi derrumbamiento.

-¿Dijo alguna vez mi nombre?, pregunté con la voz entrecortada.

-No, dijo enseguida.

Había algo, intuí, y prefería o se le antojaba, como parte de su venganza, no decírmelo. Estaba en su mano hacerlo, era el albacea de su agonía. Pero era mi derecho saber, y Fabián no pudo o no supo permitirse el lujo cruel de que por siempre jamás yo ignorara lo que antes de morir dijo de mí o para mí, así fuera trivial, una boludez cualquiera.

-Dijo que si te veía te dijera...

Calló. ¿Inventaba una mentira piadosa? ¿No quería ser literal...? Le ganó quizá la honestidad.

-... que pensó en vos...

-¿Esas palabras dijo?

-Sí. Que pensó en vos.

No, no dijo eso. Dijo algo más... íntimo, personal... algo quizá incomprensible para él, pero que asume que significaría mucho para nosotros, que nos llevaría donde él no podría alcanzarnos. Traté de adivinar lo que pudo haber dicho... ¿Algo tremendo, tipo “Decile que me perdone, que yo lo perdono”, o “Decile que lo espero en la Eternidad”? No sé... No importa. De todas maneras, ya nada puede cambiarse. No hay perdón ni Eternidad. Perdimos nuestra única oportunidad, eso es todo.

-Pero ¿por qué?, dijo de pronto. ¿Por qué no optó por vos, y vos por ella? No entiendo...

Traté de calmarme un poco.

-Yo tampoco, le dije, no sin crueldad, porque cerrándole así la puerta no le quedaba sino compartir de por vida nuestro dolor y nuestro estupor.

No nos dimos un abrazo al separarnos. Al fin y al cabo ¿qué éramos el uno del otro? Nada. Él no era más que el tipo que se quedó con lo mejor y con lo peor de la vida de la mujer que amé.

Por primera vez desde que vi a Sabrina el primer día de clases en la Facultad, manejando en dirección a casa me sentí libre, ligero como una pluma, ingrátido. Era como si hubiera conseguido vomitar un monstruo que me habitaba, un monstruo de tres cabezas, una para el amor, otra para el dolor y otra para la muerte. Tuve entonces la sensación de que definitivamente todo había pasado. Fin. Final. Definitivo. Podía empezar a vivir.

Julio de 2025.

